

DOSSIER

HISTORIA, POLÍTICA
Y OPINIÓN PÚBLICA

Opinión pública y democracia deliberativa en la Sociedad Red¹

Víctor Sampedro Blanco

Universidad Rey Juan Carlos

Jorge Resina de la Fuente

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Abordamos las relaciones entre opinión pública y democracia considerando los cambios introducidos por la implantación de Internet. Las tecnologías digitales de información y comunicación han alterado el número y los rasgos de los actores que expresan la opinión pública, así como su vinculación a las formas de gobierno y a los procesos de debate colectivo. Las transformaciones de la esfera pública, tal y como la planteó en su origen Habermas, obligan a repensar los procesos deliberativos de las sociedades actuales. El incremento de actores con capacidad comunicativa, de su ámbito y formas de actividad cuestiona los monopolios institucionales que antes expresaban la opinión pública. En consecuencia, se plantea la superación de las agendas convencionales e institucionalizadas hasta ahora por los medios, sondeos y urnas; así como las fronteras nacionales. Este novedoso escenario de comunicación política consolida las redes sociales y la comunicación en red como elemento clave de estrategias innovadoras y mejora de la calidad democrática.

Palabras clave: opinión pública, esfera pública, democracia deliberativa, redes sociales, ciberparticipación, Internet.

Abstract: We discuss the relationship between public opinion and democracy, taking into account the changes brought by the Internet. Digi-

¹ Este trabajo actualiza los capítulos 1 y 2 del libro de SAMPEDRO, V.: *Opinión pública y democracia deliberativa*, Madrid, Istmo, 2000 (disponibles en www.victorsampedro.net). Hemos intentado incorporar los debates más vivos sobre los conceptos clave allí planteados, tras la década transcurrida desde su publicación, marcada por la implantación de Internet.

tal technologies of information and communication have increased the number and altered the features of the social actors giving voice to public opinion, the influence on governments and the nature of current collective debates. These transformations of public sphere force a reflection on this notion as Junger Habermas formulated it. Increasing numbers of social actors with autonomous communicative resources and advanced skills, the scope and forms of their activity put into question those institutional monopolies that formerly expressed public opinion. Conventional and institutionalized agendas, formerly established by the media, polls and referenda are being surpassed; as well as national borders. This new scenery for political communication points to social networks as the key concept and networked communications as the pillar of innovative strategies and the democratic quality.

Key words: public opinion, public sphere, deliberative democracy, social networks, cyberpolitics, Internet.

La *dogma poleon* griega o la *vox populi* romana son las nociones precursoras en la cultura occidental de nuestra opinión pública contemporánea. Las innumerables definiciones que se han propuesto (por ejemplo, en 1965 H. L. Childs reunió algo más de sesenta) han enfatizado a veces la dimensión descriptiva (lo que es la opinión pública) y otras, la normativa (lo que debiera ser)². Los rasgos de la opinión pública ideal dependen de corrientes ideológicas enfrentadas. Y podemos establecer una división en torno a dos autores contemporáneos. Ambos alemanes, actualizan sendas corrientes de pensamiento. Por una parte, J. Habermas enfatiza una opinión pública racional que, sometida a la argumentación crítica, sirve de contrapoder. En las antípodas, E. Noelle-Neumann habla de una fuerza irracional, expresada en valores mayoritarios que tienden al consenso y al control social³.

No es éste un texto pensado para revisar la historia de la filosofía al hilo de estas dos corrientes. Baste señalar el substrato común:

² Para un recorrido histórico del término y los cambios más relevantes, véase DADER, J. L.: *Opinión pública y periodismo: claves para una reflexión crítica*, Pamplona, Facultad de Ciencias de la Comunicación, 1986; NOELLE-NEUMANN, E.: *La espiral del silencio: nuestra piel social*, Barcelona, Paidós, 1995 (ed. original 1984); HABERMAS, J.: *Historia y crítica de la Opinión Pública*, México, Gustavo Gili, 1986; MUÑOZ ALONSO, A.: *Opinión Pública y comunicación política*, Madrid, EUDEMA, 1990; y MONZÓN, C.: *Opinión Pública, comunicación y política: la formación del espacio público*, Madrid, Tecnos, 1996.

³ DADER, J. L.: *El periodista en el Espacio Público*, Barcelona, Bosch, 1992, e íd.: *Opinión pública y periodismo...*, *op. cit.*

el humanismo como punto de partida y el nuevo juego de poderes que se establecerá a partir del nuevo sujeto y régimen de visibilidad de la opinión pública. El primero en usar el término como tal fue Michel de Montaigne, en el siglo XVI. Un autor que desde sus *Ensayos* autobiográficos apelaba y construía la opinión pública haciendo gala del antropocentrismo renacentista. Pero la concepción moderna de esta noción camina paralela a la de la Ciencia Política. A partir de Maquiavelo y su manual para «hombres de Estado», *El Príncipe*, la tarea de gobernar exige gestionar la imagen y las relaciones públicas. De ahí también que el liberalismo político clásico de autores como Spinoza propusiese generar un espacio de debate ciudadano frente al poder absoluto y la alianza de la Iglesia y la monarquía. El espacio *público* constituirá un nuevo campo de representación política, con un nuevo sujeto colectivo: la opinión del pueblo o cuerpo social.

Las definiciones descriptivas de la opinión pública (lo que cada sociedad ha identificado como tal) dependen de las tecnologías y las instituciones que sirven para percibirla, expresarla y/o cambiarla. No extraña, por tanto, que el uso extendido del término tuviese lugar en la (pre)Ilustración, cobrando cuerpo tras la llegada de la imprenta, y que los debates hayan retomado vigor con el advenimiento de Internet. El recorrido histórico es largo. Va desde la retórica en el ágora de la Grecia clásica a la tríada institucional que hasta finales del siglo XX gestionaba la opinión pública y que ahora se ve cuestionada por la Sociedad Red.

La opinión pública contemporánea surgió a comienzos del siglo XX, con el entramado institucional que tejieron entre sí los medios de comunicación de masas y la popularización de las encuestas, al hilo de la extensión del sufragio universal. Medios, sondeos y urnas manifiestan «la opinión y las predisposiciones de la gente común, que son tenidas en cuenta (o debieran serlo) por los que ejercen el poder (o quieren ejercerlo) en público»⁴. Quienes aspiren a ejercer el poder en nombre del pueblo deben movilizar

⁴ Esta definición reúne, aunque con notables diferencias, las de PALETZ, D. L.: «Imágenes y palabras para gobernar: Comunicación política y opinión pública», *Comunicación y cultura*, 3 (1998), pp. 5-10, y KEY, V. O.: *Public Opinion and American Democracy*, Nueva York, John Wiley, 1961. SAMPEDRO, V.: *Opinión Pública y Democracia. Medios, sondeos y urnas*, Madrid, Istmo, 2000, p. 19 (disponible en www.victorsampedro.net).

sus recursos, afectando así sus proyectos de vida. No pueden, por tanto, mostrarse indiferentes al devenir de la opinión pública, tal como la expresan los medios, los sondeos y las urnas. Toda estructura de poder sólo puede mantenerse en el tiempo mediante el consenso. De forma que, incluso un régimen autoritario, que recurre a la censura y la coacción, sólo permanece si genera los mecanismos discursivos pertinentes para crear un sentido común, una hegemonía, que lo legitime.

La construcción y posterior gestión de la opinión pública se revela así como mecanismo básico para alcanzar y mantenerse en el gobierno. La Comunicación Política centra sus esfuerzos actuales en desvelar los procesos de enmarcamiento⁵ (*framing*) del debate público. A partir de las dinámicas de carácter psico-social (donde, además de lo racional, entran en juego emociones y conexiones neuronales⁶), se evocan significados concretos ante unos estímulos, ideas-mensajes que representan a los sujetos sociales como parte de un sector determinado de la opinión pública.

El carácter construido de las representaciones de los juicios y valores ciudadanos es tan evidente como su importancia para gobernar. La *batalla por la opinión pública*, por transformarla y representarla, ha acabado subsumiendo o fagocitando el resto de tareas políticas. En esta línea habría que reconsiderar la provocativa tesis de Bourdieu cuando afirmaba que *la opinión pública no existe*⁷.

⁵ «El enmarcado tiene que ver con elegir el lenguaje que encaja en tu visión del mundo. Pero no sólo tiene que ver con el lenguaje. Lo primero son las ideas. Y el lenguaje transmite esas ideas, evoca esas ideas» (LAKOFF, G.: *No pienses en un elefante*, Madrid, Editorial Complutense, 2006, p. 25). Para una primera definición y operacionalización empírica en español de los marcos discursivos, ligados además a los modelos de poder político y discursivo, véanse SAMPEDRO, V.: «Agendas de poder. Marco analítico y modelos del control político e informativo de los movimientos sociales», *Revista Internacional de Sociología*, 15 (1996), pp. 7-36; e ID.: *Movimientos sociales: debates sin mordaza*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1997 (ambos disponibles en www.victorsampedro.net).

⁶ En este sentido, habría que entenderlo como «una elaboración más compleja sobre los procesos psico-sociales en que se configuran las prácticas y las representaciones de los sujetos. Cuando un anuncio comercial o un mensaje político se dirige a los receptores, se inserta un sistema de hábitos, constituidos en su mayoría desde la infancia [...] a través de un largo proceso de formación de hábitos y gustos» [GARCÍA CANCLINI, N.: «Gramsci con Bourdieu. Hegemonía, consumo y nuevas formas de organización popular», *Nueva Sociedad*, 71 (1984), pp. 69-78].

⁷ BOURDIEU, P.: «La opinión pública no existe», conferencia impartida en No-roit (Arras) en enero de 1972 y publicada en *Les temps modernes*, 318 (1973),

El sociólogo francés criticó con pertinencia tanto los presupuestos como los efectos de las encuestas, cuando éstas cobraban protagonismo como verdadero motor de la tríada que señalábamos. Desde el último cuarto del siglo XX, los medios y los partidos fijan sus estrategias según el incesante flujo de sondeos comerciales y electorales, que a su vez se perpetúan justificándose como continuación de los que les precedieron. Las observaciones metodológicas y políticas de Bourdieu proyectan luz sobre la crisis provocada por la tecnología digital.

Señalaba Bourdieu que las encuestas asumen tres postulados que, a su juicio, distorsionan «las condiciones del rigor metodológico en la recogida y análisis de los datos»⁸. Se pueden clasificar en 1) la producción de una opinión está al alcance de todos; 2) todas las opiniones tienen el mismo peso; y 3) hay un acuerdo sobre las preguntas que vale la pena plantear. En resumen, todos pueden opinar con idéntica fuerza sobre los asuntos que acuerden. Si la demoscopia planteaba estas dudas, las tecnologías digitales no han hecho sino acentuarlas. Internet es, según algunos autores, un medio al alcance de todos (demasiados) y sin estándar alguno de validez o autoridad: un evanescente murmullo o griterío sobre infinidad de asuntos y juicios, todos de idéntico valor.

Bourdieu señalaba también que, entre las funciones de las encuestas, la más importante «consiste, quizá, en imponer la ilusión de que existe una opinión pública como sumatoria puramente aditiva de opiniones individuales [...] un simple y puro artefacto»⁹. Esta tesis era ya mantenida en 1922 por Walter Lippman¹⁰, otro autor clásico, para quien la opinión pública era un producto manufacturado y manipulado por las elites, que generaban «imágenes en nuestra mente» (marcos discursivos). Para Lippman los medios de comunicación desplegarían la mayor capacidad de enmarcamiento cognitivo en las sociedades contemporáneas.

Internet es un medio personal y dialógico; que cuestiona de raíz la representación periodística, demoscópica y electoral de la opi-

pp. 1292-1309 (en línea). Disponible en http://urosario.academia.edu/documents/0068/4295/MQS3Bourdieu_opinión_públicaE.pdf.

⁸ *Ibid.*, p. 1.

⁹ *Ibid.*, p. 2.

¹⁰ LIPPMAN, W.: *Public Opinion*, Nueva York, Free Press, 1965 (ed. original 1922). Hay traducción española: Madrid, Cuadernos de Langre, 2003.

nión pública. Cuando todos y cada uno de los ciudadanos *pueden* actuar como un medio de comunicación en potencia; entonces *puede* expresar cotidianamente su propia opinión, individual o colectiva, sin apenas intermediarios ni censura previa. *Puede* reformular e impugnar los retratos que medios, sondeos y urnas proyectan sobre él. Es decir, cobra vigencia la noción de una opinión pública discursiva que, por la naturaleza del medio digital que la impulsa, difuminará las fronteras políticas y los lugares sociales donde hasta entonces se expresaba.

Opinión pública agregada y discursiva, y sus dinámicas transnacionales

Recogiendo y matizando las críticas de Bourdieu, sus planteamientos llevan a distinguir entre dos tipos de opinión pública: la *opinión pública agregada* y la *opinión pública discursiva*; tal y como se ha expuesto en otro sitio¹¹. La primera hace referencia al modelo impugnado por Bourdieu, entendiéndola como *resultado* de la suma de juicios individuales, porque lo que importa es fijar una mayoría de encuestados o votantes. Mientras que la opinión pública discursiva se refiere al *proceso* colectivo donde las voluntades individuales (nunca fijadas de forma definitiva y homogénea) deliberan y se condicionan entre sí mediante actos comunicativos. Es la conversación social, verdadero cemento de una sociedad, que de forma periódica cristaliza en forma de titulares mediáticos, resultados demoscópicos o electorales.

La opinión pública agregada tiene más probabilidades de ser construida artificialmente que la opinión pública discursiva. La primera está expuesta a un mayor nivel de control por parte de las burocracias y las élites político-institucionales. Priman las ventas de publicidad o las cuotas de audiencia y voto, con los parámetros de las instituciones dominantes en el Estado y en el mercado. Mientras que la opinión pública discursiva no sería una mera agregación de las actitudes que sostienen unos individuos atomizados ante los asuntos políticos sino, más bien, el producto emergente de una conversación colectiva en expansión, protagonizada por la

¹¹ SAMPEDRO, V.: *Opinión Pública y Democracia...*, op. cit.

sociedad civil en el constante esfuerzo de adaptarse a los cambios de entorno¹².

Pues bien, Internet comenzó por cuestionar el número de actores que estaban implicados en la formación de la opinión pública. Ha potenciado las dimensiones discursivas de una esfera pública hasta entonces gestionada por periodistas, encuestadores y políticos que acabaron por constituir un mismo entramado institucional (o con intereses compartidos). Y que en lugar de articular un juego de contrapoderes se ve plagado de intercambios simbióticos y favores recíprocos. Desde la implantación de la imprenta no asistíamos a una colusión de modelos de representación tan antagónicos. Antagonismo que ha sido incrementado por el poder de Internet para acelerar los procesos sociales y superar las limitaciones espaciales. Hemos de abordar el carácter transnacional o, más bien, «glocalizado» de la opinión pública que se está gestando. La definición de la ciudadanía también está en juego y la noción de redes cobra la centralidad en el nuevo paradigma de la opinión pública aún en ciernes.

Uno de los debates actuales más interesantes trata sobre la existencia de una opinión pública global. Los procesos de globalización, tal y como se han dado, han removido las «placas tectónicas» sobre las que organizábamos nuestro mundo. Sin constituir un fenómeno homogéneo, ha representado una fuente de posibilidades y de fórmulas basadas en la heterogeneidad. De hecho, prima lo «glocal» y lo «transnacional», con un incremento de las prácticas de participación política por «arriba» y por «abajo» del Estado-nación. Las tecnologías digitales han posibilitado ciertas dinámicas de reconstrucción espacial y de redescubrimiento identitario: «la extensión de Internet y su uso por organizaciones de la sociedad civil transnacional contribuye a la emergencia de una naturaleza de ciudadanía sin fronteras»¹³.

Este proceso plantea, entre otras, dos grandes cuestiones. ¿En qué consiste ser ciudadano? Y ¿conserva sentido la ciudadanía nacional? Por un lado, el arquetipo del ciudadano parece agotado¹⁴,

¹² BLUMER, H.: «Collective behavior», en LEE, A. M. (ed.): *New outline of the principles of sociology*, Nueva York, Barnes & Noble, 1946, pp. 167-222.

¹³ CAMMAERTS, B., y VAN AUDENHOVE, L.: «Online Political Debate, Unbounded Citizenship, and the Problematic Nature of a Transnational Public Sphere», *Political Communication*, 22 (2005), p. 180.

¹⁴ Podrían destacarse cinco procesos que están influyendo en la redefinición del ciudadanía: 1) recorte de la dimensión social del Estado de Bienestar; 2) la con-

tal y como lo definió Marshall: vinculado a los derechos reconocidos en el Estado de Bienestar de la Europa post-bélica. Esa noción ha sido desbordada por *nuevas dimensiones de la ciudadanía* que van más allá del plano formal (los derechos ciudadanos parecen vaciados de contenido sustantivo por la precarización o inexistencia de las condiciones económicas y socioculturales de su ejercicio efectivo) y *la reconsideración de los rasgos homogéneos* (la ciudadanía contemporánea incluye la heterogeneidad como piedra angular, reconociendo la igualdad en la diferencia de los sectores discriminados, como mujeres, ancianos o indígenas). En lo concreto, el debate toma forma de interrogantes. ¿Cómo reclama mejor sus derechos un parado español, manifestándose en Madrid y/o participando en Bruselas en una huelga general europea? ¿Escribiendo una carta al director de *El País* o a *The Financial Times*? ¿Contestando una encuesta española o el Eurobarómetro? ¿Votando en las elecciones al Parlamento autonómico, español o europeo?

La dificultad de una respuesta común y la urgencia de las preguntas remite al cuestionamiento de las fronteras nacionales como criterio de definición ciudadana. El Estado-nación constituye un imaginario, una comunidad imaginada¹⁵, que contaba con una opinión pública donde los miembros de la comunidad ponían en común y deliberaban, en mayor o menor medida, sobre los asuntos ocurridos dentro de un territorio dado y como miembros distintivos del mismo. Dos elementos fueron imprescindibles: los *medios* de comunicación nacionales y un *relato* (mediático y mediatizado) de historias comunes por individuos que se refieren a sí mismos como parte de un colectivo delimitado. Se genera así un discurso sobre este espacio que termina por tener efectos reales en la cotidianidad de sus enunciadores. Hasta tal punto que podría hablarse de un «nacionalismo banal»¹⁶, como mecanismo omnipresente en la vida diaria de unos ciudadanos, que terminan por considerar natural la identificación entre lengua, cultura, comunidad política y territorio.

vergencia espacio-tiempo provocada por las tecnologías digitales; 3) los flujos migratorios; 4) el incremento de formas participativas, a través de la acción directa, vista por muchos ciudadanos como mecanismo más efectivo; y 5) la sociedad civil y los movimientos sociales organizados a nivel transnacional (CAMMAERTS, B., y VAN AUDENHOVE, L.: «Online Political Debate...», *op. cit.*, pp. 181-182).

¹⁵ ANDERSON, B.: *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 2006.

¹⁶ BILLIG, M.: *Banal Nationalism*, Londres, Sage, 1995.

Considerados con rigor, difícilmente podrían aplicarse estos criterios a una supuesta opinión pública europea. No existen medios implantados en todos los estados de la Unión Europea, al margen de los medios globales que son propios de financieros o inversores (tipo *Financial Times*). Ni en las esferas públicas nacionales proliferan otros relatos sobre la UE que los del pragmatismo economicista¹⁷. Pero quizás antes cabría plantear si es deseable una opinión pública europea. La respuesta es que depende. Depende de la naturaleza y formas de interacción de las instituciones y los públicos que la conforman, puesto que «una esfera pública europea podría ser o no deseable dependiendo del grado de apertura que tenga»¹⁸. Tampoco merecería este nombre una sumatoria de públicos chauvinistas enfrentados y/o xenófobos con los «ciudadanos (?) extracomunitarios».

Más allá de este debate, hay quien también reconoce una esfera pública a escala de la Unión Europea. Philip Schlesinger argumenta que, a pesar de la persistencia de los intereses nacionales, existen elementos que permitirían hablar en tales términos, en la medida en que se cumpliesen tres requisitos: 1) una agenda propia europea; 2) que llegase a ser contenido diario de los medios; y 3) que los ciudadanos de la Unión Europea desarrollasen un imaginario con un nivel supranacional¹⁹. Más que realidades, dichos requisitos siguen siendo eso: condiciones de posibilidad. Y una década después de haber sido formuladas parecen más amenazadas que nunca, al topar con una crisis financiera fruto de la desproporción de los avances de la integración monetaria y económica frente a una extrema debilidad en el plano político y jurídico²⁰.

¹⁷ SAMPEDRO, V.: «La McTele como industria de identidades lucrativas y de consumo. Análisis de Gran Hermano y Operación Triunfo», en SAMPEDRO, V. (ed.): *La pantalla de las identidades. Medios de comunicación, políticas y mercados de identidad*, Madrid, Icaria, 2003, pp. 305-336 (disponible en <www.victorsampedro.net>).

¹⁸ DOWNEY, J., y KOENIG, Th.: «Is There a European Public Sphere?», *European Journal of Communication*, 21 (2006), p. 166.

¹⁹ SCHLESINGER, P.: «Changing Spaces of Political Communication: The Case of the European Union», *Political Communication*, 16 (3), 1999, pp. 263-279.

²⁰ «En la mayoría de países de la UE ha habido un crecimiento del desempleo, un aumento de la inseguridad laboral, una disolución de la protección social, y una desigual distribución de los costes de la integración de la inmigración, todos ellos hechos que han ido ocurriendo antes de la crisis, aún cuando alcanzaron su máxima expresión durante la misma» [NAVARRO, V.: «¿Quién no entiende Europa?», *El Plural*, diario digital, 19 de junio de 2009 (en línea). Disponible en World Wide Web: <<http://www.vnavarro.org/?p=3106>>].

Más allá de dictar un balance y menos aún un juicio de valor (ambos, por necesidad, inconclusos), quizás apenas quepa constatar un cambio drástico con mutaciones que van desde un incremento de la heterogeneidad sociocultural hasta la generalización del cinismo en el discurso público. Todo ello mientras que en Europa asistimos a un crecimiento exponencial de medios de comunicación y de mediadores políticos, así como al aumento de «cacofonías» y a la relativización de las fronteras²¹.

Si admitimos asistir a un cambio de paradigma, el concepto de redes sería su protagonista. Flujos de información más complejos y accesibles, instantáneos, coparticipados y deslocalizados han alterado la naturaleza de las relaciones sociales. Hasta el punto de hablarse de una *sociedad red* en la *era de la información*²². A efectos analíticos, conviene diferenciar entre *red social*, entendiendo por tal la vía clave de integración colectiva que impera en la actualidad; y las *formas de comunicación en red*, o los tipos de conexión entre diversas redes sociales²³. Sirva la distinción para denunciar el uso espurio de *redes sociales* como sinónimo de plataformas tipo *Facebook* o, en un paso más de confusionismo insidioso, su catalogación como *medio social*.

Distintos actores, de naturaleza heterogénea, entran en contacto a partir de objetivos e intereses comunes, «estableciendo vínculos y creando redes que superan las fronteras nacionales, con el ánimo de generar asuntos regionales [o particulares]. Cada una de esas redes tiene su dinámica particular, su propia agenda y sus propias estrategias»²⁴. La definición escapa los confines del Estado-nación, puesto que muchos conflictos y acontecimientos locales se ven sujetos ahora a procesos de regionalización o, cuanto menos, trascienden su ámbito de origen. Por ejemplo, los albores del siglo XXI nos muestran cómo los movimientos indígenas han entrelazado alianzas, a nivel internacional, con grupos ambientalistas²⁵.

²¹ BLUMLER, J. G., y GUREVITCH, M.: «Rethinking the study of political communication», en CURRAN, J., y GUREVITCH, M. (eds.): *Mass media and society*, Londres, Arnold, 2000, pp. 155-172.

²² CASTELLS, M.: *La era de la información*, vol. I, *La sociedad red*, México, Siglo XXI, 2001.

²³ FRIEDLAND, L.; HOVE, Th, y ROJAS, H.: «The networked public sphere», *Journal-The Public*, 13 (2006), p. 7.

²⁴ SERBIN, A.: *Effective Regional Networks and Partnerships*, 2004 (en línea). Disponible en <[http://www.andresserbin.com/textos/Chapter5-rev%20\(final\).pdf](http://www.andresserbin.com/textos/Chapter5-rev%20(final).pdf)>.

²⁵ «Muchas redes transnacionales [...] ponen en contacto a activistas de paí-

Más allá de lo tecnológico, las redes como fenómenos sociales despliegan un intenso juego de estrategias e imaginarios, en los que la comunicación adquiere la importancia de generar «comunidades de discursos»²⁶. Alumbrarían nuevos vínculos entre actores, mediante interacciones y diálogos de carácter transnacional, que pueden tejer auténticas «redes transnacionales de defensa»²⁷.

Esfera pública: el centro cuestionado por la periferia

Los cambios constatados conllevan una profunda mudanza de la *esfera pública*, es decir, del lugar en el que se forma la opinión pública: «un espacio de discurso, institucional o geográfico, donde la gente ejerce de ciudadano accediendo —de forma metafórica— al diálogo sobre las cuestiones que afectan a la comunidad, a la política en su sentido más amplio»²⁸. Al menos en términos teóricos, nos vemos obligados a mantener un diálogo casi permanente con

ses desarrollados con otros en países menos desarrollados. Este tipo de nexos generalmente tiene el propósito de influir sobre el comportamiento de los Estados [...] A menudo presentan este tipo de triangulación las campañas por los derechos indígenas y las campañas ambientalistas que apoyan las demandas de etnias locales para que se intervenga en contra de proyectos de desarrollo que podrían afectarles» (KERK, M. E., y SIKKINK, K.: «Redes transnacionales de cabildeo e influencia», *Foro Internacional*, 4, México, 1999, p. 415).

²⁶ MONASTERIOS, G.: «Abya Yala en Internet. Políticas comunicativas y representaciones de identidad de organizaciones indígenas en el ciberespacio», en MATO, D. (coord.): *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización*, Caracas, FACES-UCV, 2003, pp. 303-330.

²⁷ Con este término, sus autoras se refieren a un tipo de red de «actores que trabajan internacionalmente en torno a un tema, y que están vinculados por valores compartidos, por un discurso común y un denso intercambio de información y servicios» (KERK, M. E., y SIKKINK, K.: *Las redes transnacionales de defensa en la política internacional y regiones*, 1998, p. 1 (en línea). Disponible en <<http://www.unesco.org/issj/rics159/keckspa.html#kt1>>. Es una estructura comunicativa, con interacciones complejas (procesos de negociación) a partir de las cuales, los distintos actores estratégicos persiguen enmarcar los temas de debate conforme a su visión del mundo, con el fin de lograr legitimar sus acciones. Estas redes emplean un repertorio variado de políticas, entre las que destacan tácticas como la informativa (la rápida movilización de una información hacia el lugar de mayor impacto), la simbólica (mediante símbolos que den sentido a una situación), la búsqueda de influencias (influyendo en el decisor) o la rendición de cuentas (como mecanismo de *accountability* social).

²⁸ DAHLGREN, P.: «The Internet, Public Spheres, and Political Communication:

Habermas, que formuló el concepto (1962). Planteaba entonces un espacio ideal, compartido, coparticipado por distintos sujetos que, actuando como público individual, deliberaban libremente sobre cuestiones referentes al devenir colectivo. Esta formulación ha sido criticada e, incluso, reformulada por el propio autor²⁹. Resumiendo mucho (quizás en exceso) los mayores problemas radican en la noción de una única esfera pública, que en su interior alberga una armónica integración de públicos, y que nos remite a una visión tar-do-moderna de nuestras sociedades. De hecho, la evolución actual de la esfera pública coincide con la urbanización desbocada a finales del siglo XX, donde la periferia de las megalópolis crece más que el centro, llegando a cuestionarle protagonismo, sino económico al menos (contra)cultural y político³⁰.

Aunque luego entremos en más detalle, cabe señalar que Habermas no consideró los factores económicos, culturales, sociales y políticos que permitían acceder al espacio público. Delimitaron —y delimitan— un territorio en muchos casos exclusivo y, por tanto, de exclusión. De hecho, la tesis habermasiana inicial remite a los cafés burgueses, donde concurría el público ilustrado. Quizás «ya no es correcto pensar en una esfera pública como un único espacio, ni ya es posible ni deseable pensar en términos de un único público»³¹. Piense quien nos lea en un cibercafé actual y las múltiples conexiones simultáneas que mantienen públicos muy diversos. Además del hecho incontestable de la exclusión (las barreras de acceso tecnológico fijan quién forma parte y quién no de la esfera pública), habría que considerar la posibilidad de imponer o mantener «falsos» consensos. Siempre domina un público experto o una minoría con más y mejores recursos. Algo que ya fue planteado por Alexis de

Dispersion and Deliberation», *Political Communication*, 22 (2005), pp. 147-162; e íd.: *Democracy and the Media*, Londres, Sage, 1995.

²⁹ HABERMAS, J.: *Textos y contextos*, Barcelona, Ariel, 1991; e íd.: *La constelación posnacional. Ensayos políticos*, Barcelona, Paidós, 1998.

³⁰ «Hay una apuesta fundamental en un mundo destinado a volverse cada vez más urbano [...] la búsqueda de nuevas formas de actuar para millones y millones de personas que, aunque estén marginadas, pueden sin embargo tener un peso en la economía-mundo, gracias a su capacidad de bloquear las ciudades», entrevista a Mike Davis, abril de 2010. Disponible en <<http://www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/miked2.pdf>>.

³¹ SIMONE, M.: «Mediated Networks for Deliberative Democracy: Connecting Enclave and Shared Spheres», en *Conference Papers- National Communication Association*, 2008, p. 5.

Tocqueville cuando señalaba los riesgos de «la tiranía de la mayoría», hoy asentada en la sacralización de la opinión pública agregada (sondeos, cuotas de audiencia, votos). Pero la esfera pública, entendida como un espacio homogéneo e integrado, se ve cuestionada por la pluralidad de públicos e, incluso, la existencia de «contrapúblicos subalternos»³² que, más allá de rescatar sus visiones del mundo, crean oportunidades de debatirlas y reinventarlas³³.

Como ya expusimos³⁴, existen no una, sino varias esferas públicas: la central (y mayoritaria) rodeada de otras muchas periféricas (y minoritarias). La primera tiende al consenso: a consentir el poder asentado. A día de hoy la forman las instituciones políticas, informativas y demoscópicas. Contaría con más recursos para ser hegemónica y se caracterizaría por estar poco abierta a la participación directa y horizontal. En cambio, las esferas públicas periféricas se componen de distintos colectivos y comunidades de la sociedad civil. Ofrecen incentivos a la participación, contrarrestando las exclusiones provocadas en la central. De tal modo que cuanto mayor sea el grado de apertura de la esfera pública central y mayor receptividad tenga hacia las periféricas, mayor grado habrá de calidad democrática y dinamismo social.

Tres dimensiones propuestas por Dahlgren³⁵ para hablar de la esfera pública digital nos sirven para aclarar las diferencias entre la esfera pública central (EPC) y las periféricas (EPP): *a) Estructura*. En la EPC percibimos más límites, regulación y control, tanto en el plano jurídico-político como el económico. En cambio las EPP despliegan autogestión, coparticipación y prácticas colaborativas o de intercambio. *b) Representación*. Las EPP arrojan mayor pluralismo de voces, tendencias ideológicas y diversidad de agenda que la EPC. *c) La interacción* de los públicos proactivos de las EPP —inmersos en un proceso constante de deliberación entre sí y los representantes de la opinión pública agregada— destaca frente a las au-

³² FRASER, N.: «Rethinking the public sphere: a contribution to the critique of actually existing democracy», en *Habermas and the public sphere*, Londres, MIT Press, 1997, pp. 109-142; y ASSIES, W.: «La oficialización de lo no oficial: ¿reencontro de dos mundos?», *Alteridades*, 21 (2001), México, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, p. 93.

³³ SALMAN, T.: «Culturas en su laberinto», *Cuarto intermedio*, 51 (1999), pp. 62-89.

³⁴ SAMPEDRO, V.: *Opinión pública y democracia...*, op. cit., p. 37.

³⁵ DAHLGREN, P.: «The Internet, Public Spheres...», op. cit., pp. 148-149.

diencias reactivas de las EPC, cuya participación digital en medios y partidos tiende a articularse como una vía más de lucro corporativo, un simulacro o un fraude³⁶.

Internet conlleva la proliferación de esferas públicas periféricas, su interconexión e, incluso, su influencia en la central, pudiendo generar un proceso de apertura. Multitud de nuevas plataformas-medios, como blogs y foros, permiten que emerjan discursos antes ausentes, visibilizando otros tantos públicos marginados. Una vez más, Dahlgren nos brinda apoyo analítico. Destaca varios espacios, según la estructura y función que cumplen³⁷, y que nosotros reformulamos (y aumentamos), vinculándolos de paso a la EPC y a las EPP (esfera pública central y periféricas): (1) *E-government*: los gobiernos electos y las administraciones facilitan información a los ciudadanos; aunque rara vez pueden interactuar, más allá de ciertas consultas y operaciones de tipo administrativo. El gobierno electrónico unido a (2) la *ciberpolítica* y (3) el *ciberperiodismo convencional*, que se dan la mano en las *cibercampañas*, constituye la conversión digital de la EPC en un contexto de *ciberdemocracia*³⁸. Las esferas periféricas proliferan en los siguientes subtipos propuestos por Dahlgren: (4) los *dominios de activistas o de causas* que generan discusiones dirigidas o auspiciadas por organizaciones con un objetivo; en muchos casos, transnacional; (5) *foros cívicos*, donde los ciudadanos intercambian opiniones y debaten; (6) *dominios «parapolíticos»* y otro tipo de redes (como *Facebook*, *MySpace* o *Twitter*), que propiamente no tratan sobre asuntos políticos, aunque bajo otras formas o de forma implícita lo sean o acaben siéndolo; (7) *dominios de medios de comunicación no convencionales* que no figuran en el EPC porque no persiguen ni el lucro ni el poder, supeditando el primero a la autosostenibilidad y el segundo a la autonomía —son los medios que

³⁶ Véanse la crítica a los estudios de mercado realizados a través de Internet y los móviles en la televisión popular o McTele (SAMPEDRO, V.: *La McTele como industria de identidades lucrativas y de consumo...*, *op. cit.*); y las prácticas fraudulentas de varios partidos en las cibercampañas de las elecciones generales de 2004 y 2008 [SAMPEDRO, V. (coord.): *Medios y elecciones, 2004*, 2 vols., Madrid, Ramón Areces, 2008 (disponible en <www.victorsampedro.net>); e ÍD. (coord.): *Cauces y diques para la participación tecnopolítica. La cibercampaña de las Elecciones Generales 2008*, en imprenta (parcialmente disponible en <www.victorsampedro.net>)].

³⁷ DAHLGREN, P.: «The Internet, Public Spheres...», *op. cit.*, p. 153.

³⁸ Para una definición de los términos en cursiva, véase SAMPEDRO, V.: *Cauces y diques...*, *op. cit.*, cap. 1.

realmente merecen el apelativo de *sociales* por sus estructuras asociativas y procesos comunitarios—; (8) las *cibermultitudes* que mediante la telefonía móvil e Internet se autoconvocan de forma horizontal, descentralizada y autónoma; transformando la movilización on-line en off-line e interfiriendo en procesos de debate o decisión institucionales. Constituyen esferas públicas fugaces, aunque generan un ámbito de debate y movilización más estable y duradero que los conocidos como *flashmob*, no siempre de carácter político³⁹.

La valoración del potencial democrático de este nuevo campo de batalla para la opinión pública se decanta entre quienes ven el vaso medio lleno (ciberoptimistas) o medio vacío (ciberpesimistas). Pero algunos medios de comunicación no convencionales han fijado ya ciertos parámetros de la nueva comunicación política que genera la periferia digital.

Las valoraciones generales sobre la capacidad democratizadora de Internet no ofrecen una clara aplicación contextualizada. Si se refieren a experiencias concretas, resultan irrelevantes para otros momentos y espacios sociales. En cambio, los juicios ponderados consideran tanto las condiciones estructurales del uso de Internet (la brecha digital: acceso a la tecnología, alfabetización en usos y procesos, disponibilidad de tiempo, habituación a un nuevo lenguaje), como la cultura política del país. Internet «desarrolla pero no cambia los comportamientos, los comportamientos se apropian de Internet y, por tanto, se amplifican y se potencian a partir de lo que son»⁴⁰. Cabe recordar que, según Wellman⁴¹, la gente más activa on-line lo es también off-line. La calidad de ambas formas de participación no tiene por qué diferir por la mediación tecnológica. Y, por tanto, la deliberación on-line podría incrementar la participación pero sin reportar una mejora de la calidad y diversidad de las intervenciones.

Castells defiende que en el espacio digital se dan formas de poder y contrapoder. En un mundo de redes como el actual, la capa-

³⁹ SAMPEDRO, V.: «¿Redes de nudos o vacíos? Nuevas tecnologías y tejido social», *Documentación social. Revista de estudios sociales y sociología aplicada*, 140 (2006), pp. 25-38; e ID.: *13M: Multitudes Online*, Madrid, La Catarata, 2005 (disponibles en <www.victorsampedro.net>).

⁴⁰ CASTELLS, M.: *Discurso de apertura curso 2008/2009*, Barcelona, Universitat Oberta de Catalunya, 2008.

⁴¹ WELLMAN, B.; QUAN-HAASE, A.; WITTE, J., y HAMPTON, K.: «Does the Internet increase, decrease or supplement social capital?», *American Behavioural Scientist*, 45 (2001), pp. 436-355.

cidad de ejercer contrapoder dependerá de dos mecanismos: «1) la capacidad de constituir redes y de programar/reprogramar las redes según los objetivos que se les asignen; y 2) la capacidad para conectar diferentes redes y asegurar su cooperación compartiendo objetivos y combinando recursos»⁴².

Por un lado, podría afirmarse que Internet reproduce los discursos dominantes mientras que, por otro, sirve de contraste a los *mass media* impulsando fuentes alternativas. De este modo provee: a) espacios de comunicación para ciudadanos de grupos marginales; b) posibilidades de interactuar entre públicos dispersos; y c) plataformas para contrarrestar los discursos dominantes⁴³. Y quien lee *mass media*, podría leer gobiernos, presidentes o partidos, empresas de sondeos y estudios de mercado... expresiones de la opinión pública agregada aún circunscritas a las fronteras nacionales de la esfera pública central.

Una vez más, a pesar de los riesgos y límites que hemos señalado y en los que abundaremos después, Internet resulta muy útil para desplegar acciones globales o lograr la participación de poblaciones dispersas...⁴⁴ y, no digamos, en movimiento o migrantes. La esfera pública digital puede constituir un importante espacio para los movimientos transnacionales, que encuentran en lo cibernético la oportunidad de unir en red distintas esferas periféricas gracias a: 1) la *meso-movilización* que coordina movimientos, sin necesidad de una organización jerárquica; 2) *más impacto* sin mayores recursos; 3) *control editorial* sobre contenidos y comunicación externa; y 4) posibilidad de *eludir los tradicionales controles* estatales y de comunicarse en un entorno más o menos seguro⁴⁵.

Concretemos esta reflexión con el ejemplo del portal *Indymedia*, una red global de organizaciones independientes, en la que participan centenares de periodistas, *freelance* y activistas más de cua-

⁴² CASTELLS, M.: *Comunicación y poder*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, p. 76.

⁴³ DAHLBERG, L.: «The Internet, deliberative democracy, and power: radicalizing the public sphere», *International Journal of Media and Cultural Politics*, 1 (2007), p. 56.

⁴⁴ POLAT, R. K.: «The Internet and political participation: exploring the explanatory links», *European Journal of Communication*, 20 (2005), pp. 435-459.

⁴⁵ SCOTT, A., y STREET, J.: «From media politics to e-protest? The use of popular culture and new media in parties and social movements», en WEBSTER, F. (ed.): *Culture and politics in the information age: A new politics*, Londres, Routledge, 2001, pp. 32-51.

renta países. Combinan informaciones y debates tanto de nivel local como transnacional, generando una extensa esfera pública, periférica y *glocal*.

En *Indymedia*: *a)* existe una variedad de participantes de todo el mundo, resultando irrelevante la nacionalidad; *b)* se debaten cuestiones transnacionales o locales, pero vinculadas en forma de red; *c)* con un grado considerable de interacción y debate⁴⁶. Pero la «Red Indy» también muestra riesgos de fragmentación y segmentación. Los participantes, por lo general, pertenecen a un mismo campo simbólico y «consumen» información afín, que no les crea disonancia cognitiva alguna. En esta línea, señalamos cuatro «cacofonías» que aconsejan cautela sobre la «bondad» digital: *a)* sobreafluencia de información; *b)* fragmentación de discursos; *c)* la polarización consiguiente; y *d)* la posibilidad de que las redes digitales acaben reproduciendo el modelo de los medios convencionales⁴⁷.

En todo caso, y para cerrar (provisionalmente) estos comentarios sobre el potencial de Internet para los movimientos sociales, señalemos que *Indymedia* es una herramienta de 1) organización; 2) movilización, tanto on-line como off-line; 3) mediación y creación de una emergente esfera pública transnacional; y 4) un espacio abierto para debatir sobre nuevos conflictos⁴⁸. (Contra)ejemplos como el del *Tea Party*, red neoconservadora estadounidense, señala que la potencialidad de las redes digitales no sólo es aprovechada por organizaciones alternativas y señalan su capacidad de influencia sobre partidos políticos muy asentados, en este caso el Republicano. «Cada vez más, hay muestras de que las organizaciones tradicionalmente más jerárquicas y menos innovadoras —grupos de interés y partidos políticos— están empezando a adoptar (y, de hecho, adoptan) los repertorios de las redes digitales [propios de los movimientos sociales durante la década de los noventa]⁴⁹.

Como paso último de este artículo, fijamos la atención en la naturaleza de los procesos discursivos de la esfera pública digital y sus condiciones para hacer efectiva la participación ciudadana y el

⁴⁶ CAMMAERTS, B., y VAN AUDENHOVE, L.: «Online Political Debate...», *op. cit.*,

⁴⁷ SUNSTEIN, C.: *Republic.com*, Princeton, Princeton University Press, 2001.

⁴⁸ CURRAN, J.: «Rethinking the media as public sphere», en DAHLGREN, P., y SPARKS, C. (eds.): *Communication and citizenship*, Londres, Routledge, 1994, pp. 27-57.

⁴⁹ CHADWICK, A.: «Digital Network Repertories and Organizational Hybridity», *Political Communication*, 24:3 (2007), p. 286.

contrapeso de poderes. Como afirmaba Habermas, «los discursos no gobiernan; generan un poder comunicativo, que no puede tomar el lugar de la administración pero puede influir en ella. Esta influencia se limita a dar o quitar legitimidad»⁵⁰. De hecho, planteamos una reflexión sobre el carácter de la democracia. Y, más en concreto, sobre las dudas que ha despertado el modelo deliberativo propuesto por el propio Habermas.

Democracia deliberativa y digital

El planteamiento clásico presenta dos modelos principales⁵¹. El primero, la democracia representativa, donde los individuos eligen a los representantes que velarán por sus intereses. Esta concepción (propia de escuelas economicistas, pluralistas o elitistas), atiende a la opinión pública agregada. Entiende que ésta nace del interés privado e influye, en cierta medida, en las decisiones de los gobernantes, que escuchan la opinión mayoritaria. La democracia directa plantea la participación de los ciudadanos, que sin mediaciones, deciden en asamblea sobre los asuntos colectivos. Descansa, por tanto, en una opinión pública discursiva que busca consensos y, en última instancia, como último recurso, se rige por mayorías.

Las deficiencias del modelo representativo (el mero enfrentamiento de voluntades privadas no asegura un equilibrio armónico, ni la representación de los más desfavorecidos) y las imposibilidades de la democracia directa (en poblaciones de cierta extensión y con asuntos complejos) plantean la necesidad de complementar ambos modelos. Entre el realismo pesimista de la representación y la utopía inalcanzable del autogobierno surge una utopía positiva, que rescata la idea original de la democracia, recordando que ésta ha sido siempre deliberativa o no ha sido. La calidad del debate que precede a la elección de líderes y a su toma de decisiones les legitima y revela su calidad democrática.

Por una parte, resulta inevitable seguir la opinión pública agregada: para ser operativos se respeta la opinión de la mayoría, aunque siempre corrigiendo la infra-representación de las minorías. Por otra,

⁵⁰ HABERMAS, J.: *Teoría de la acción comunicativa*, vol. 1, Madrid, Taurus, 1992.

⁵¹ Para profundizar en este debate, véase SAMPEDRO, V.: *Opinión pública...*, *op. cit.*, pp. 18-28.

la opinión pública discursiva (el debate y la movilización) debe preceder y continuar tras la elección de representantes; antes, durante y después de sus tomas de decisiones. Con el diálogo se traducen los intereses privados en colectivos, aunque sea con un consenso mínimo. La deliberación, además, niega el monopolio de juzgar, obligando al reconocimiento de los otros. En definitiva, y como se afirmaba en otro sitio, «reivindicar la democracia deliberativa implica reclamar para el ciudadano la posibilidad (nunca imperativa) de ir más allá del rol de votante, espectador y encuestado»⁵². No se trata de una declaración de intenciones sino, más bien, de una condición de posibilidad para el desarrollo de una sociedad democrática.

Conviene, sin embargo, revisar el modelo deliberativo propuesto por Habermas⁵³, porque formuló una esfera pública «histórica», ubicada en un lugar y momento precisos: el Estado-nación emergente y una economía capitalista industrial generaban espacios de discusión para la burguesía. Y porque pueden plantearse varias críticas a los límites de una democracia (deliberativa) digital.

a) *Apertura*: ¿es factible que todas y todos puedan deliberar? Existe una primera exclusión, de acceso a la infraestructura (brecha digital), que convierte la esfera pública electrónica en un lugar «exclusivo, elitista y lejos del ideal»⁵⁴. Por otro lado, siempre existirá un sector de la ciudadanía que, de manera voluntaria, no quiera (por frustración o apatía) participar en el debate colectivo. Pueden concurrir dinámicas contrarias a la deliberación, espirales «de silencio» (Noelle-Neumann), «de mentiras prudentes»⁵⁵ o «de cinismo»⁵⁶. Es decir, las minorías a menudo callan ante las mayorías o mienten sobre sus preferencias, según sus cálculos de interés. O, simplemente, la información negativa generaliza el cinismo, el descreimiento y el desentendimiento político en la población. En todo

⁵² SAMPEDRO, V. (ed.): *Medios y elecciones 2004. La campaña electoral y «las otras campañas»*, Madrid, Ramón Areces, 2008, p. 28. Disponible en <www.victorsampedro.net>.

⁵³ HABERMAS, J.: *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1962.

⁵⁴ PAPACHARISSI, Z.: «The virtual sphere: the Internet as a Public Sphere», *New Media and Society*, 4 (2002), pp. 9-27.

⁵⁵ KURAN, T.: *Private truths, public lies. The social consequences of preference falsification*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1995.

⁵⁶ CAPELLA, J. N., y JAMIESON, K. H.: *Spiral of cynicism: the press and the public good*, Oxford, Oxford University Press, 1997.

caso, una esfera pública central relativamente abierta, rodeada de periféricas en red y conectadas a la central, facilita la participación de sectores subalternos que, de otro modo, quedarían excluidos.

b) ¿Es deseable el *consenso*? Como valor normativo en sí mismo puede comportar riesgos, máxime en sociedades muy heterogéneas y complejas, donde coexisten distintas culturas y formas de ver el mundo. Aquí parece más oportuno postular «acuerdos razonables»⁵⁷. Aunque coexisten posturas académicas enfrentadas: desde quienes consideran el desacuerdo como motor de las habilidades para razonar de los públicos⁵⁸; hasta quienes postulan alcanzar siempre algún tipo de consenso que legitime las decisiones políticas⁵⁹; pasando por los escépticos de Internet, como espacio donde los debates no siempre son racionales ni tolerantes, ni las formas de interacción, tan cívicas⁶⁰.

c) *Pluralidad de públicos, de formas de deliberación y, por tanto, de esferas públicas*. La esfera pública burguesa no fue la única que existió. Habermas obvia que en los siglos XVIII y XIX también existían otros espacios de deliberación, como los círculos obreristas (por ejemplo, los proletarios blanquistas), con un discurso anti-ilustrado, en buena medida deudor del relato popular⁶¹. El paralelismo con la actualidad resulta obvio. Porque la esfera burguesa, que se atiene a la deliberación *racional*, deja fuera muchos planos comunicativos, como el afecto, la lírica, el humor o la ironía; componentes propios de la cultura popular y, en ocasiones, esenciales para rebajar tensión y alcanzar acuerdos. Por último, Habermas tampoco considera las estructuras de poder que genera el discurso racional, frío y explícito por el que aboga. Quién define qué es la racionalidad y, por tanto, asigna el estigma de irracional ocupa siempre una posición de dominación⁶².

d) *Fragmentación y segmentación*. Contamos, por un lado, con autores que consideran que Internet favorece los nexos de unión e

⁵⁷ RAWLS, J.: *Debate sobre el liberalismo político (con Jürgen Habermas)*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1998.

⁵⁸ PRICE, V.; CAPELLA, J. N., y NIR, L.: «Does disagreement contribute to more deliberative opinion?», *op. cit.*, pp. 73-93.

⁵⁹ WESSLER, H.: «Investigating Deliberativeness Comparatively», en *Political Communication*, vol. 25, 2008, pp. 1-22.

⁶⁰ WILHELM, A. G.: *Democracy in the digital age*, Londres, Routledge, 2000.

⁶¹ WELLMAN, B.; QUAN-HAASE, A.; WITTE, J., y HAMPTON, K.: «Does the Internet increase, decrease or supplement social capital?», *op. cit.*

⁶² FOUCAULT, M.: *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1992.

información compartida entre múltiples públicos⁶³. Por otro, hay quien ve este espacio como lugar de fragmentación que puede fraguar una suerte de «ciberguetos»⁶⁴, y un escenario de permanente polarización. Ello debido a un consumo selectivo de información digital, conforme a prejuicios⁶⁵, que impide alcanzar siquiera un consenso de mínimos. El discurso on-line, en su conjunto, resultaría así demasiado disperso, descentralizado y compartimentado como para constituir una esfera pública digna de tal nombre.

En el cuadro de la página siguiente intentamos resumir los argumentos sobre los rasgos deliberativos de Internet, añadiendo algún autor nuevo.

Nos inclinamos a abrazar la postura ecléctica de Dahlberg, sin renunciar a un recordatorio crítico y algunas precisiones. Todo ello escrito a día de hoy y como fruto de un balance siempre precario (resulta imposible conocer y sopesar con un único baremo todas las experiencias digitales) y provisional (los procesos en marcha, lejos de estancarse, aceleran sin pausa su ritmo y amplían la esfera de alcance).

Conclusiones provisionales y un par de recordatorios

Internet refleja y al tiempo cuestiona el modelo dominante de gestación y representación de la opinión pública. La esfera pública digital reproduce los sesgos de la esfera pública convencional que, construida aún con los medios de comunicación y de representación política tradicionales, ocupa una posición central respecto a la gestión del poder. Frente a ello tienen lugar multitud de debates y movilizaciones, proliferan las esferas públicas periféricas desplegadas con las tecnologías digitales que potencian nuevas dinámicas de contrapoder: proyectan una opinión pública más discursiva, horizontal y autogestionada; desafiando así las estructuras democráticas actuales y (re)planteando el modelo de la democracia deliberativa.

⁶³ SIMONE, M.: «Mediated Networks for Deliberative Democracy...», *op. cit.*, pp. 1-23.

⁶⁴ GALSTON, W. A.: «If political fragmentation is the problem, is the Internet the solution?», en ANDERSON, D. M., y CORNFIELD, M. (eds.): *The civic web: online politics and democratic values*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2003, pp. 35-44.

⁶⁵ POLAT, R. K.: «The Internet and political participation...», *op. cit.*, pp. 435-459.

<i>Posibilidades democráticas de la esfera pública digital</i>	
<i>Optimistas</i>	<i>Pesimistas</i>
<p>M. SIMONE (2008): Los públicos subalternos encuentran o fraguan espacios compartidos.</p> <p>A. SCOTT y J. STREET (2001)⁶⁶: Favorece las movilizaciones, el impacto y el control autogestionado de la información.</p> <p>P. DAHLGREN (2005)⁶⁷: Extiende y diversifica la esfera pública con una enorme heterogeneidad comunicativa, aunque pueda generar fragmentación.</p> <p>L. FRIEDLAND, Th. HOVE y H. ROJAS (2006): Interconexión de redes sociales diversas.</p> <p>W. L. BENNET (2003)⁶⁸: Variedad de formas organizativas, horizontales y fluidas.</p> <p>Y. BENKLER (2006)⁶⁹: Información autogestionada, saberes y experiencias compartidas, que sirven de cemento social.</p> <p>H. SAVIGNY (2002)⁷⁰: Sin control de las elites. Una alternativa a la agenda de los medios convencionales.</p>	<p>J. HAVICK (2000); V. MAYER (2001)⁷¹: La fragmentación impide la deliberación.</p> <p>S. O'DONNELL (2001) y L. STEINER (2005)⁷²: En la red también se dan espacios que excluyen a los sectores contrarios a los valores dominantes.</p> <p>W. A. GALSTON (2003): Un conjunto de islas de comunicación política e, incluso, «ciberguetos».</p> <p>M. MARGOLIS y D. RESNICK (2000)⁷³: No es todavía un factor de transformación política.</p> <p>C. SUNSTEIN (2001): Sobreabundancia de fuentes, con tendencia a la polarización y a reproducir los discursos mediáticos convencionales.</p> <p>Z. PAPACHARISSI (2002): Internet ya se encuentra colonizada por los intereses comerciales. La primera exclusión (brecha digital) y su creciente complejidad convierten la esfera pública digital en «exclusiva, elitista y lejos del ideal».</p>
DAHLBERG, L. (2007) ⁷⁴ :	
<p>Reproduce el modelo de esfera pública central y los discursos dominantes.</p>	<p>Potencial fuente de una democracia radical.</p>

⁶⁶ SCOTT, A., y STREET, J.: «From media politics to e-protest? The use of popular culture and new media in parties and social movements», en WEBSTER, F. (ed.): *Culture and politics in the information age: A new politics*, Londres, Routledge, 2001, pp. 32-51.

⁶⁷ DAHLGREN, P.: «The Internet, Public Spheres, and Political Communication: Dispersion and Deliberation», *Political Communication*, 22 (2005), pp. 147-162.

⁶⁸ BENNETT, W. L.: «New media power: The Internet and global activism», en COULDRY, N., y CURRANS, J. (eds.): *Contesting media power*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2003, pp. 17-37.

⁶⁹ BENKLER, Y.: *The wealth of networks*, New Haven, Yale University Press, 2006.

⁷⁰ SAVIGNY, H.: «Public Opinion, political communication and the Internet», *Politics*, 22 (2002), pp. 1-8.

En todo caso, para que la esfera pública digital sirviese para la legitimación deliberativa del ejercicio de poder, debieran darse dos requisitos propios de una dinámica democrática⁷⁵. El primero es la *regulación autónoma y acorde a las normas crítico-rationales del debate*, sin imposiciones político-institucionales, económicas o de grupos de presión. La segunda condición es *una comunicación reflexiva*, que permita revisar opiniones y reconsiderar posturas, así como el *feedback* o la retroalimentación de los debates. Recordemos que deliberar no es sólo dar una opinión, sino que, como afirma Park⁷⁶, consiste en un doble proceso: hablar y escuchar. Mejor invirtamos el orden; porque «mientras que hablar desarrolla fuerza e individualidad en la opinión, escuchar a los otros desarrolla la civilidad»⁷⁷.

La ambivalencia de la esfera pública digital responde a dos dinámicas, que ya señalamos en otros escritos⁷⁸, y que resolverán su futuro más o menos democrático. Nos referimos al progresivo control institucional y a la estandarización de las prácticas sociales vinculadas a toda nueva forma de comunicación. El Estado y el mercado siempre acaban estableciendo límites y frenos a la autonomía con que usamos y nos relacionamos con la tecnología. Y, por otra parte, también siempre corremos el riesgo de la rutinización y la cooptación sistémica de nuestros usos tecnológicos. Los controles

⁷⁵ HAVICK, J. J.: «The impact of the Internet on a television-based society», *Technology in Society*, 22 (2000), pp. 273-287, y MAYER, V.: «From segmented to fragmented: Latino media in San Antonio, Texas», *Journalism and Mass Communication Quarterly*, 78 (2001), pp. 291-306.

⁷⁶ O'DONNELL, S.: «Analysing the Internet and the public sphere: The case of Womenslink», *Javnost-The Public*, 8 (2001), pp. 39-57, y STEINER, L.: «The feminist cable collective as public sphere activity», *Journalism*, 6 (2005), pp. 314-334.

⁷⁷ MARGOLIS, M., y RESNICK, D.: *Politics as usual: the cyberspace «revolution»*, Londres, Sage, 2000.

⁷⁸ DAHLBERG, L.: «The Internet, deliberative democracy, and power: radicalizing the public sphere», *International Journal of Media and Cultural Politics*, 1 (2007).

⁷⁹ FRIEDLAND, L.; HOVE, Th., y ROJAS, H.: «The networked public sphere», *op. cit.*, pp. 9-10.

⁸⁰ PARK, S. G.: *The significance of civility in deliberative democracy*, paper presentado en la conferencia del Public Opinion Research in the Digital Age (PORDA), 2002.

⁸¹ PRICE, V.; CAPELLA, J. N., y NIR, L.: «Does Disagreement Contribute to More Deliberative Opinion?», *op. cit.*, p. 97.

⁸² SAMPEDRO, V.: «¿Redes de nudos o vacíos? Nuevas tecnologías y tejido social», *Documentación social. Revista de estudios sociales y sociología aplicada*, 140 (2006), pp. 25-38. Disponible en <www.victorsampedro.net>.

dependen de la fuerza de los Estados y de las corporaciones para imponer sus intereses en la regulación técnica, jurídica y económica de Internet. Las prácticas y los usos sociales dependen, en cambio, sobre todo de la ciudadanía, de nuestra capacidad para empoderarnos y desplegar autonomía. En suma, el resultado dependerá de los actores señalados y de sus esfuerzos para cooperar o imponerse en una esfera pública que, como hemos visto podría ser más abierta, plural y competitiva que la presente... o todo lo contrario.

No debiéramos, entonces, perder una perspectiva normativa como la planteada por Wessler⁷⁹, quien señala tres dimensiones de un proceso deliberativo: 1) la dimensión de entrada (*input*), con igualdad de oportunidades para los distintos temas, ideas y argumentos; 2) la dimensión procesual, primando los modos de intercambio de ideas que favorezcan el debate y refinamiento de argumentos; y 3) la dimensión de resultado, que, en vez de consenso, persigue un razonado disenso, que influya en el decisor político.

Ni tampoco podemos olvidar, como señala Manin⁸⁰, que tales escenarios ideales de la esfera pública, no bastan para que exista una verdadera deliberación. Debido a tres razones inexcusables: *a)* siempre existen relaciones desiguales de poder y de recursos, susceptibles de generar miedo al castigo o a la coacción; *b)* la gente no procesa la información de forma neutral, sino que busca vías de confirmación: cuando los públicos reciben una información nueva, suelen adaptarla e interpretarla conforme a sus prejuicios e ideas preexistentes; y *c)* la balcanización propia de contextos plurales, pero atravesados por facciones polarizadas y enfrentadas.

Más que sostener una postura pesimista o triunfalismos vacuos, aquí hemos intentado aportar algunas claves para interpretar tendencias opuestas que discurren, según el momento y el contexto, a diferentes velocidades. El campo de juego sigue abierto y se disputa fuera de este artículo.

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 3-5.

⁸⁰ MANIN, B.: *Deliberation: why we should focus on debate rather than discussion*, 2005, pp. 9-12 (en línea). Disponible en <<http://www.princeton.edu/csdp/events/Manin101305/Manin101305.pdf>>.